



**MONSEÑOR FIDEL HERRÁEZ**  
Consiliario Nacional de la Asociación  
Católica de Propagandistas.

Asistimos ya a la XXIII edición del Congreso Católicos y Vida Pública, después de una rica trayectoria en la que se han ido abordando diversas realidades, para promover siempre la participación, la reflexión y el compromiso. Mi sincera gratitud a cuantos desde la organización han hecho posible este encuentro. Mi cercano saludo a quienes hoy presiden este acto de inauguración. Y mi cordial acogida para todos y cada uno de los participantes interesados en el tema que en esta ocasión nos ofrece el Congreso.

### **1. Católicos en la vida pública**

Así se presenta el Congreso año tras año. Ese es el motivo fundamental, que sigue vigente con uno u otro tema o lema. Y hoy, en esta embocadura del Congreso, me gusta subrayarlo. Porque se trata de darnos espacios de encuentro y animación mutua para romper el dualismo que con frecuencia vivimos, o se nos impele a que vivamos, entre la fe privada, subjetiva, y las distintas esferas de la vida pública en las que los católicos podemos y nos debemos implicar. En la Asociación Católica de Propagandistas, y en el enfoque de sus obras y proyectos, siempre ha estado presente este pensamiento, gracias a los fines fundacionales, que se basan en una clara vocación por llevar el Evangelio a la vida pública y por la búsqueda decidida del bien común.

El papa Francisco, en la *Evangelii Gaudium*, ese hermoso documento que nos habla de la alegría de evangelizar, se refiere al mundo contemporáneo como el desierto donde son muchos los signos de Dios y

del sentido último de la vida, aunque se manifiesten de forma implícita y aún negativa: *“Y en el desierto, nos dice el Papa, se necesitan sobre todo personas de fe que con su propia vida indiquen el camino, y de esta forma mantengan viva la esperanza”* (EG, 86).

Y añade algo que nos abre de alguna manera al tema de este Congreso: *“Nadie puede exigirnos, dice, que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los asuntos que afectan a los ciudadanos”. E insiste: “una auténtica fe –que nunca es cómoda e individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra”* (EG 183).

Uno de los ámbitos de implicación de los católicos en la vida pública es la realidad sociopolítica. Tema complejo que necesitaríamos vivir, en especial en el momento presente, con una presencia testimonial y profética, con valentía, con audacia..., desde los valores que fluyen del Evangelio y desde la propia enseñanza social de la Iglesia. Los católicos podemos y debemos actuar en la vida social y pública de manera positiva, propositiva, por encima de la confrontación que provocan muchas situaciones, debatiendo ideas, iluminando principios, con *“las armas de la luz”*, como diría el apóstol Pablo (Rom 13, 12), desde la fe que está por encima de cualquier ideología. Sin duda este Congreso, con los temas planteados y la dinámica prevista, ayudará a fortalecer enfoques y a movilizar posturas de participación y compromiso.

## **2. Apuesta por la libertad, acorde con el humanismo cristiano**

Una apuesta por la libertad que la Iglesia hace plenamente suya, sin reservas. Porque como nos dice san Pablo: *“Para la libertad nos ha liberado Cristo (Gal 5,1). Hoy asistimos a un fenómeno nuevo, tal como se describe en la presentación de este Congreso, conocido como “corrección política”, un conjunto de formas ideológicas que sitúan el pensamiento y la concepción cristiana de la persona y de la vida como parte de lo “políticamente incorrecto”. En consecuencia, se promueve desde distintos flancos un cambio de mentalidad en la persona y en la sociedad, que lleva a la cancelación de la libertad tal como hasta ahora ha sido entendida en el marco del humanismo cristiano.*

En palabras de Benedicto XVI: «Cuando Dios muere en una sociedad, esta se hace libre, se nos aseguró. Pero, en realidad, la muerte de Dios en una sociedad supone también la muerte de la libertad, pues lo que muere es el fin que da el norte. Y porque desaparece la brújula que nos marca el rumbo

correcto enseñándonos a distinguir el bien del mal» (12 de abril 2019). En efecto, pudo parecer por unos años que un cierto escepticismo sobre dónde estaban el bien y el mal era una garantía de la libertad; también que ante la multiplicidad de opciones morales en la sociedad de nuestros días era conveniente dejar el mayor margen posible para la autodeterminación del individuo. Pero no es así. Cundió el relativismo. Y ahora estamos ante un paso hacia un nuevo dogmatismo, por cuanto toda sociedad presupone la existencia de una perspectiva unificadora sobre la que constituirse; y esta perspectiva, en última instancia, sólo puede descansar en cuál sea su posición respecto de Dios: o bien la sociedad se organiza sobre el principio de que Dios existe; o, por el contrario, sobre la base de su inexistencia.

De cuál sea esta opción se siguen consecuencias fundamentales para la vida de las personas y de la sociedad. Y todo dependerá de quién, en cada momento, ostente el poder. Pero la primera víctima de esta omnipotencia humana es y sólo puede ser la libertad. Estamos ante lo que el papa Francisco ha llamado con todo acierto un «colonialismo cultural», un colonialismo llevado a cabo por minorías poderosas y por cuya acción, cuidadosamente programada, pueblos y culturas enteros se ven desarraigados de su fe y de sus costumbres. Y Europa, que es la fuente de este colonialismo cultural es, al mismo tiempo, la primera de sus víctimas.

Estamos ante un desafío cultural fuerte y ante un reto evangelizador difícil, pero motivador y estimulante para un nuevo compromiso evangelizador hoy. Considero muy oportuno que recordemos unas palabras del siervo de Dios, D. Ángel Herrera Oria, que me parecen muy apropiadas para este tema y en este lugar donde se desarrolla el Congreso:

*“No es la hora de los pusilánimes, como tampoco lo es de los retóricos o sofistas. No está planteada la lucha en los salones o en los cenáculos, sino en el ágora. No son días para planificar, discutir o proyectar tranquilamente en torno a una mesa. Hay que lanzarse a actuar, con prudencia, mas con espíritu audaz, a lo divino. Hay que salir decididos a alta mar, aunque la mar esté alborotada y tempestuosa; y arrojar allí la red en nombre del Maestro, con la plena confianza de que los frutos superarán con mucho nuestro esfuerzo y aún nuestra esperanza”* (Obras completas Vol. VII, p. 586).

Deseo y pido a Dios que este encuentro nos aporte pensamiento, estímulo, esperanza y nuevo impulso para hacer presente la libertad del Evangelio en las estructuras temporales. A pesar de las dificultades y precisamente por ellas. Porque por esta sociedad que es la nuestra y por este tiempo que es el nuestro, pasa la historia de la salvación.